

La ciudad
Massimo Cacciari
Barcelona, Gustavo Gili, 2010
77 páginas

Tal y como se expone en la introducción, no resulta fácil abordar el último libro de Massimo Cacciari, *La ciudad*, pues no solamente porque no está exento de la dificultad y profundidad teórica comunes a los otros textos del autor, sino también porque resulta reductivo todo intento de clasificación genérica. *La ciudad* es un ensayo, pero no es meramente un ensayo sobre urbanismo, tampoco puede ser definido como un ensayo explícitamente arquitectónico o de corte filosófico; recuperando una frase de la conferencia de Martin Heidegger, *Construir, Habitar, Pensar*, texto que dialoga con fluidez con el de Cacciari, podría decirse que *La Ciudad* es un ensayo en torno al «modo de habérselas de hombre y espacio», un modo que, como dice el propio Heidegger «no es otra cosa que el habitar pensando de un modo esencial».

A partir de la distinción entre la *polis* griega, basada en un fuerte sentimiento de arraigo, y la *civitas* romana, cuya estructura tenía origen en el acuerdo tácito de los *cives* que no se mantenían unidos por un *ethos* común, es decir, por unas tradiciones y un carácter compartido fruto de un mismo origen –de una misma *arché*–, sino por un mismo objetivo –la propia *civitas*–, Massimo Cacciari plantea un recorrido hacia la ciudad actual, una ciudad en cuyo proceso de formación es inherente la antigua oposición entre *polis* y *civitas*, es decir, un proceso marcado por la aspiración hacia la universalización ya presente en la *civitas* y, a la vez, por la añoranza de esa *polis*, de esa morada donde el individuo todavía se reconocía y la reconocía como propia. Si por un lado, afirma Cacciari, la idea de que «aquello que tenemos en común no tiene nada de originario, sino que es solamente un fin» es la idea fundacional del concepto de globalización, por el otro lado, la mirada nostálgica hacia un pasado común, hacia un origen común que parece haber desaparecido en la ciudad post-barroca sigue estando presente. En efecto, la metrópolis, así como la ciudad del siglo XXI, se han conformado a partir de un dilema irresoluble: la necesidad de que la ciudad se asemeje a la polis para que ésta pueda tener dimensiones humanas y la tendencia a considerar la ciudad como comunidad, como una función que haga posible los *negotia*, los intercambios, la producción. La dualidad *polis-civitas* es, por tanto, la dualidad *otium-negotium*, la ciudad morada-la ciudad máquina.

La pregunta sobre cómo debe ser la ciudad, qué se le puede pedir a la ciudad en la que se habita, ya no es posible realizarla sino después de preguntarse acerca de la posibilidad de hablar de la ciudad en el siglo actual. La ciudad mítica, la ciudad del *ethos* griego, la morada a la que todavía se aspira, ya no existe, la ciudad actual es la ciudad de la producción, de los intercambios, una ciudad donde, desde la perspectiva marcadamente marxista del autor, «cada sentido de la relación humana se reduce a la producción, el intercambio y el mercado». Para Cacciari «todo lugar de la ciudad es visto, proyectado, re proyectado y transformado en función de estas

variables fijas, de su Valor». Sin embargo, estos lugares re proyectados en base a su Valor, convertidos en lugares simbólicos todavía capaces de organizar la estructura de la metrópolis, capaces de demarcar la frontera dialéctica entre el centro y la periferia de la ciudad, pierden su valor simbólico y estructurante en la nueva ciudad, en la posmetrópolis: la ciudad se ha convertido en un territorio donde ya no es posible una organización, es un espacio indefinido, donde los lugares han dejado de ser símbolos estructurantes para convertirse en acontecimientos cuya variabilidad constante hace imposible cualquier imperecedera inscripción.

La postmetrópolis de Cacciari es la ciudad del desarraigo, la ciudad del exceso de tiempo y de la desaparición de los lugares. La postmetrópolis planteada por el autor italiano recuerda la ciudad de la sobremodernidad teorizada por Marc Augé, ambas víctimas de la aceleración de la historia, de la temporalidad, una aceleración que, como indicaba Augé, «corresponde de hecho a una multiplicación de acontecimientos generalmente no previstos por los economistas, los historiadores ni los sociólogos» (*Los no lugares. Espacios del anonimato*). Cacciari, a diferencia de otros, prefiere evitar el más que reutilizado concepto de *no lugar* de Augé y presentar la postmetrópolis a partir de la idea de la desterritorialización: la pérdida del valor simbólico de los lugares, la desaparición de los confines, ahora puros límites administrativos, convierten la ciudad en un territorio donde el individuo vive en la incapacidad de establecer conexiones entre él y el territorio habitado, entre él y los otros; para Cacciari la postmetrópolis es el territorio sin *nomos*, el territorio donde el exceso de tiempo ha llevado a que cada lugar y sus funciones se conviertan en meros acontecimientos: «más que ubicar una función, allí sucede algo, se construye un supermercado, que es un acontecimiento, y en el transcurso de algunos años en el lugar del supermercado surge otro». La mirada lúcida de Cacciari observando la postmetrópolis se interroga sobre qué hacer, cómo seguir construyendo la ciudad, cómo seguir urbanizando la ciudad del siglo XXI para hacer de ella el lugar habitable, el lugar del ciudadano, del nuevo urbanita.

La dificultad y, al mismo tiempo, la brillantez teórica del ensayo de Cacciari radican precisamente en la no conclusión, en la falta de una respuesta sintetizante: no es posible huir de la posmetrópolis, el urbanista no puede volver a mirar atrás como tampoco puede ver en lo futuro la solución, la síntesis dialéctica en la que inevitablemente está anclada la ciudad y sus habitantes. La añoranza de la *polis* y de la morada perdida, así como el deseo de una *civitas*, de una máquina, de la ciudad-función constituyen la postmetrópolis. El deseo de morada, de la *privacy*, convive y aumenta proporcionalmente con la expansión de la ciudad-territorio, con una vida irrevocablemente dirigida hacia la «movilización universal», con la necesidad de la comunidad. Atrapada en un *cul de sac*, la posmetrópolis reclama una nueva *arquitecturae scientia* que haga posible la construcción de lugares aptos para su uso, lugares que, pese a la irresolubilidad del exceso de tiempo y, por tanto, a su inevitable ser un acontecimiento, sean capaces de adaptarse al individuo; como dice el propio Massimo Cacciari, «debemos “inventar” correspondencias, analogías, entre el territorio posmetropolitano en el que vivimos y los edificios, lugares donde poder habitar; debemos “inventar” edificios que sean lugares, pero lugares para la vida posmetropolitana, lugares que expresen y reflejen el tiempo, el movimiento».

Con una invitación abierta a la inventiva, Cacciari deja abierta las puertas de la ciudad, de una ciudad de la *varietas* y, por tanto, de las contradicciones: en *La ciudad* de Cacciari no hay una única respuesta, solamente una sola certeza: sólo es posible habitar la ciudad si ésta propone los lugares para ello.